

## Tres mil seiscientos libros al día

Jesús Pérez Benítez  
3<sup>er</sup> Premio categoría senior  
I

Avanzó por el largo corredor empujando el carro. De repente, las ruedas quedaron frenadas entre los restos de tierra y piedras. La torre de libros, inclinada, comenzó a desmoronarse hasta caer sobre los escombros. «Otra vez -pensó con cierto enfado-, siempre pasa igual en este pasillo.»

Recogió los libros, uno a uno, depositándolos con cariño sobre la superficie plana del carro metálico. Se apoyó un instante sobre un trozo de pared, dispuesto a tomarse un respiro, y miró por el gran agujero del techo. El cielo parecía un gran océano de cenizas. Las nubes, grisáceas y pesadas, se mezclaban con el humo y el polvo. Ya no recordaba el último día que vio las agujas del sol colándose por las grietas de la fachada o por los ventanales de la galería de la planta inferior. «Llevo aquí demasiado tiempo -se dijo-, sin embargo, no sé si será suficiente.»

Se pasó la mano por la frente y se percató que debía seguir con fiebre. Llevaba varios días con un ardor insolente en el rostro, sudores y temblores. Dentro del edificio el frío y la humedad rebotaban contra las paredes vencidas y agrietadas. Tomó de nuevo el carro y prosiguió su marcha evitando los grandes bloques de cemento destrozados sobre el pavimento. «Este corredor va a terminar por caerse del todo», pensó una vez más, como siempre que pasaba por allí.

## II

Había sucedido unos cuatro meses atrás. Los motores, al principio, fueron un leve zumbido al

fondo del horizonte; después, fueron aproximándose. El zumbido se volvió fijo, agrandándose en los oídos hasta convertirse en un huracán. La sirena de aviso, cortando el silencio del anochecer, sonó demasiado tarde. El silbido de las bombas de racimo ya llovía sobre la ciudad. Un segundo. Una ráfaga de balas martilleó, como un saltar de palomitas, en algún lugar cercano. Dos segundos. Un llanto apagado se ahogó bajo la almohada. Tres segundos... La explosión, atroz. Los cimientos de la casa temblaron. Un silencio sepulcral lo impregnó todo. Instantes después retumbaron los gritos, las personas despavoridas correteando sin rumbo fijo. Una lengua negra, de alquitrán, pólvora, tierra, cal, pasó arrasando todo lo que encontró en las calles.

Así comenzó todo, con una matanza, como suelen empezar todos los finales. Porque, sin duda, aquello era un final. Nadie, aquella noche, dudó del final de su existencia.

### III

Cuando llegó al edificio de la Facultad, una semana después del bombardeo, pudo observar que había recibido un enorme impacto. Alguno de los proyectiles, lanzados aquella noche, había estallado contra la fachada lateral. Había derrumbado medio corredor en la primera planta, el que unía el ala este con el ala oeste. En el ala este había una decena de aulas y un laboratorio. En el ala oeste se ubicaban varios despachos de profesores y, lo más importante para él, la biblioteca.

La onda expansiva había destrozado las vidrieras por completo. Aunque la estancia no parecía muy afectada, varias estanterías se encontraban volcadas unas sobre otras, dejando

montañas de libros inertes por todas partes. Sintió un mordisco en los intestinos y una profunda rabia palpitando en su interior. Había cuidado de aquellos libros los últimos diez años de su vida. Conocía cada hueco donde encajar sus páginas. Una colección que, con su esfuerzo y la ayuda de la Universidad, había conseguido aumentar con el paso de los años hasta casi rozar los trescientos mil volúmenes. Todo aquél sacrificio y dedicación le había valido el reconocimiento a su labor por parte de la Universidad. Fue en un acto de homenaje muy sentido, al que le acompañó su mujer, y en el que recibió una placa conmemorativa.

Pensó que debía de poner a salvo todas aquellas letras. Allí, desparramados, se presentaban ante su vista millones de páginas llenas de conocimientos. Se negaba a dejar expuestas las obras a la intemperie, al viento y la lluvia que podían colarse por aquella abertura sin cristales y lamer, hasta deshacer, todas aquellas joyas de papel sin oposición alguna; incluso que otra bomba, en cualquier momento, pudiese liquidar aquella fuente de sabiduría de un zarpazo. No estaba dispuesto, no. Por eso decidió resistir, no huir hacia los campos de refugiados ni buscar asilo al otro lado de las fronteras. Su sitio estaba allí, salvando de la guerra absurda, la misma que vestía las plazas de cadáveres, todos aquellos ejemplares que por derecho pertenecían a las cientos de generaciones venideras. Así quiso hacerlo y lloró. Lloró con la inocencia que lloran los niños ante un escarapate repleto de juguetes. Lloró porque acababa de enterrar a su mujer, clandestinamente. Lloró al recordarla, en aquél acto, enfundada en su discreto traje de falda y chaqueta marrón, con el pelo recogido y los labios pintados. Ya nunca volvió a verla así de bella. Lloró por las detonaciones, por

las amputaciones, por el terror en las pupilas de aquellos que se cruzaron en su camino. Lloró. Y al fin durmió.

La mañana se presentó gris y lluviosa una vez más. Retumbó el trueno sobre los montes cercanos. El remolino de viento agitaba las hojas de los libros y mojaba las estanterías próximas a las vidrieras rotas. Comenzó amontonando libros. Centró su trabajo en arrimar los volúmenes, lo más cerca posible, a la entrada de la biblioteca que era la pared opuesta a las ventanas.

Por la tarde, antes de que se fuese la poca luz que escupía el día, recorrió la Facultad. El corredor, que unía los módulos este y oeste, estaba bastante caído pero podía pasarse de un extremo a otro, entre las ruinas, sin demasiadas dificultades. En aquella zona quedaba completamente al aire libre durante varios metros, tal vez quince o veinte, y sintió miedo a que pudiesen verle. El campus universitario estaba a las afueras de la ciudad cerca del río. Precisamente, el bombardeo de los puentes es lo que había provocado que castigaran aquella zona y que se vieran afectados algunos edificios universitarios.

El otro ala estaba en una situación parecida a la biblioteca, la estructura resistía, con algunas buenas grietas en las paredes, pero los cristales de las ventanas estaban destrozados. Bajó por la escalera hasta la planta inferior donde se encontraban las oficinas, una pequeña cafetería, el aula de música, y un amplio patio, con arquería, cerrado por una galería con grandes ventanales que lo rodeaba. Al igual que el corredor de la parte de arriba, una de las galerías estaba hundida y también dos oficinas.

Debajo de las oficinas había una habitáculo parecido a un sótano. Fue un proyecto para crear

aparcamientos privados que nunca llegó a terminarse y, el lugar, había quedado como almacén de mobiliario al tratarse de un espacio diáfano y cerrado al que se podía acceder cómodamente mediante una rampa asfaltada. Buscó las llaves en la oficina del secretario y pensó que era el lugar ideal para guardar los libros. Supuso que, aunque el edificio se derrumbase, aquél lugar quedaría protegido bajo tierra y que tal vez, años después, alguien desenterraría y encontraría el tesoro. «La guerra no durará eternamente», pensó animándose a sí mismo.

Con un pequeño carro que utilizaba para colocar los libros, en las diferentes secciones de la biblioteca, comenzó a trasladarlos al sótano. Después de las primeras horas, pudo sacar un cálculo. En el carro podía llevar unos cien libros de una sola vez, aunque era una media estimada puesto que variaba acorde al tamaño de cada uno; desde la biblioteca debía girar un pasillo y cruzar el corredor esquivando los escombros donde solía atascarse. Acto seguido bajaba dos pequeños tramos de escaleras, no sin esfuerzo, hasta el piso inferior; acortaba atravesando la oficina del secretario, que tenía doble puerta de entrada y salida, para alcanzar la entrada de la Facultad y acceder a la rampa. Una vez en la rampa, sostenía el carro con fuerzas y bajaba despacio. Por último, depositaba los ejemplares sobre viejas mesas y armarios que los protegerían de la humedad del suelo.

Este itinerario le llevaba unos diez minutos. La vuelta, de vacío, sobre dos minutos. Cargar el carro suponían otros tres minutos; así que llegó a la conclusión de que cada quince minutos podía llevar unos cien libros. Cuatrocientos en una hora. Durante nueve horas de luz natural, podía llevar

tres mil seiscientos libros en un día. Eso suponía ciento ochenta mil libros salvados en un mes.

Así inició su sueño: «por el futuro académico de nuestros hijos, nietos y este país», se dijo.

#### IV

Pensaba en su cálculo inicial. No había descontado del tiempo detalles tan obvios como el descanso, la comida, o tener que hacer sus necesidades. Tampoco la multitud de imprevistos: como cuando rompió una de las ruedas del carro y le llevó más de dos horas arreglarla; o cuando el corredor se llenó de agua por una tormenta torrencial que le impidió poder pasar con los libros durante toda una tarde entera. Debía llevar con aquella tarea unos cuatro meses y llegaba el final.

Siguió avanzando por el corredor tras el breve descanso después de caer la torre de libros. Era su último viaje. Arrastraba los pies con las suelas completamente desgastadas. Hacía varias semanas que no comía casi nada. Consiguió racionar la comida que encontró en la cafetería, en las máquinas expendedoras y hasta en los cajones de los despachos de algunos profesores. Pero ya no era suficiente. La ropa estaba muy deteriorada del roce del trabajo, de la humedad constante y del lavado ocasional de las prendas. Notaba la fiebre constante desde semanas atrás y el botiquín, vacío, no le ofrecía ninguna solución. Deseaba terminar su cometido. No había abandonado su Facultad, no había salido de aquél edificio universitario en todo ese tiempo. A lo lejos, en la oscuridad de la noche, miraba la ciudad y las estelas fugaces de luz. No se veían indicios de vida, aunque tampoco se habían vuelto a escuchar disparos, ni bombardeos, ni sirenas de alarma. Había estado tentado, muchas veces, en ir a la ciudad, en regresar a lo que

quedara de su casa, en buscar a viejos amigos. Pero aquella tarea lo tenía obsesionado. Terminaría lo que empezó, convencido de hacer un servicio maravilloso por el porvenir de su pueblo, de sus vecinos, de sus descendientes.

Ni una sola palabra. En todo ese tiempo, absolutamente nadie había pasado por allí para cruzar una palabra. Tantos millones de palabras sobre el papel y ninguna en su boca que compartir con otros oídos.

Le temblaron las manos cuando comenzó a bajar la escalera, hacia la planta inferior, con el peso del carro. Le pareció llevar libros de acero. Estaba muy mermado físicamente. Cruzó la oficina. Dio las últimas zancadas hacia la rampa. Bajó despacio y fue dejando los libros sobre los otros montones.

«Ahora sí. He cumplido mi cometido», se susurró fatigado. Observó la enorme masa de libros amontonados sobre las mesas y los muebles que había utilizado como base para sostenerlos. Era como contemplar un cementerio enorme de autores. En aquél sótano, en las tripas de aquella Facultad, reposaban las grandes obras literarias de los mejores escritores. Se sintió en plena calma...

Sonó un futuro cercano en el que, cientos de manos, levantaban aquellas paredes de nuevo; los alumnos corrían por los pasillos en los intercambios de aulas y el sol, sí, el sol bañaba los campos cercanos y la silueta de la ciudad. La Universidad volvía a ser el centro de actividad más importante de la comarca. Después de aquella guerra, los mejores maestros se unían para luchar por las mejoras educativas y hasta inauguraban el nuevo pabellón dotado del material tecnológico más moderno...

En esas ensoñaciones andaba, cuando sintió el temblor de sus piernas cansadas y el vértigo del agotamiento golpeándole la cabeza como un mazo. Se balanceó como un funambulista sobre una cuerda floja y cayó sobre el suelo. Quedó tendido con el peso del mundo sobre su pecho. Con los párpados pesados, como plomos, miró a su alrededor como el que espera ver llegar la muerte de frente. En su delirio seguía imaginado que descubrirían los libros y, tal vez incluso, pusieran su nombre a la biblioteca en una gran placa dorada atornillada junto a la puerta.

Había quedado tumbado boca arriba, ajeno por completo a la vida que se desarrollaba a pocos kilómetros. La guerra había llegado a su fin hacía semanas. Los habitantes reconstruían sus viviendas y se aferraban a la supervivencia con el instinto del ser humano primigenio. Ni siquiera supo que a pocos metros se arreglaba el alumbrado, el alcantarillado, y los accesos a la zona universitaria. Aquellos libros que le habían absorbido la vida, en realidad, no estuvieron en peligro de desaparecer bajo el fuego de los morteros o las bombas.

Tragó una bocanada de aire fresco, saboreando su victoria y, tremendamente feliz, expiró por última vez.